

debían, andando el tiempo, agitar el corazón y excitar la admiración de madama Roland; Robespierre, á quien la inquietud de su alma y el fanatismo de sus odios arrojaban ya desde entónces como un fermento de agitación en todos los conciliábulos en donde se conspiraba en nombre del pueblo. También acudían allí algunos otros cuyos nombres daremos á conocer á su tiempo en los fastos de este nuevo partido. Brissot, Petion, Buzot y Robespierre convinieron en reunirse cuatro veces por semana en aquella casa.

El objeto de estas reuniones era conferenciar en secreto sobre las debilidades de la Asamblea constituyente, sobre los lazos que la aristocracia armaba á la revolución, y sobre el impulso que debía darse á las opiniones, muy debilitadas ya, por ver si se podía acabar de consolidar el triunfo. Escogieron estos hombres para sus conciliábulos la casa de madama Roland por estar situada casi en el centro de todas las de los miembros que debían acudir allí. Aquí, como en la conspiración de Harmodio, era una mujer la que estaba con la antorcha en la mano para alumbrar á los conspiradores.

De esta suerte, madama Roland se hallaba colocada desde los primeros días de su llegada á París en el centro del movimiento. Su mano invisible tocaba los primeros hilos de una trama que, enredada y confusa todavía, debía desarrollarse en lo sucesivo por los más grandes acontecimientos. El papel que le tocó desempeñar era el único que podía permitirse á su sexo, y halagaba á la vez su orgullo mujeril y su pasión política. Ella supo salir con él con una modestia que hubiese sido una obra maestra de habilidad, á no haber sido en ella un simple dón de la naturaleza. Sentada al lado de un velador, fuera del círculo que aquellos hombres formaban, trabajaba en sus labores ó escribía, escuchando con una indiferencia aparente las discusiones de sus amigos. Muchas veces estaba tentada por tomar parte en ellas, pero se mordía los labios para reprimirse. Lo largo y difuso de aquellos consejos sin resultado inspiraba un hastío secreto en aquella alma enérgica y activa. La acción se evaporaba en palabras inútiles, y el tiempo pasaba llevándose consigo la ocasión oportuna, que nunca vuelve á presentarse.

Bien pronto las victorias de la Asamblea constituyente enervaron á los vencedores. Los jefes de esta Asamblea retrocedieron ante su propia obra, y pactaron con la aristocracia y con el trono para conceder al rey la revisión de la Constitución en un sentido más monárquico. Los diputados que se reunían en casa de madama Roland se desanimaron con esto, y cada uno tiró por su lado. Únicamente permanecieron en su puesto aquel corto número de hombres decididos é inflexibles que se sacrifican por un principio, sin que influya en este sacrificio lo bueno ó malo que pueda sobrevenir, y que se unen á las causas desesperadas con mayor fuerza á medida que la fortuna les va siendo más adversa. Buzot, Petion y Robespierre fueron de este número.

## VIII

Hay para la historia una curiosidad siniestra en ver la primer impresión que hizo en madama Roland el hombre que, calentado en su seno y conspirando entónces con ella, había de derribar un día el poder de sus amigos, sacrificarlos en masa y enviarla á ella al cadalso. Ningun sentimiento de aversión advirtió á aquella

mujer en la época de que tratamos de que conspiraba su propia muerte al conspirar en favor de Robespierre. Si alguna vez tuvo cierto terror vago sobre este particular, al momento se desvaneció y fué reemplazado por una especie de compasión muy parecida al desden. Se le figuraba que Robespierre era un hombre honrado, y en favor de sus principios le perdonaba su mal lenguaje y su fastidioso desembarazo. Robespierre, como todo hombre que tiene una idea fija, sólo respiraba fastidio. Sin embargo, había notado aquella mujer que siempre estaba recogido dentro de sí mismo, que no se franqueaba, que escuchaba todos los pareceres antes de emitir el suyo, pero que al emitirlo no se dignaba nunca motivarlo. Parecido á todos los genios dominantes, su convicción le parecía una razón suficiente. El día siguiente subía á la tribuna, y aprovechándose para adquirir fama de las confidencias íntimas del día anterior, adelantaba la hora de la acción concertada con sus amigos, y descubría de este modo el plan que se proponían. Se le reconvenía por esto en casa de madama Roland, pero él se excusaba siempre achacándolo á su demasiada ligereza. Estas faltas se atribuían por todos los demas á su juventud y á la impaciencia de su amor propio. Persuadida madama Roland de que aquel joven amaba apasionadamente la libertad, tomaba su reserva por timidez, y no veía en sus traiciones sino un gran fondo de independencia. La causa común lo tapaba todo. La parcialidad transforma los peores indicios en favor ó en indulgencia. «Defiende los principios con calor y tenacidad, — dice, — y tiene valor para defenderlos solo en esta ocasión en que el número de los defensores del pueblo se ha disminuido considerablemente. La corte le aborrece; luego nosotros debemos amarle. Yo estimo á Robespierre sólo por esta razón, y así se lo manifiesto; por su parte él, aún cuando no asiste con frecuencia á nuestra reunión nocturna, viene de cuándo en cuándo á comer á mi casa. Me chocó mucho el terror que manifestó el día de la fuga del rey. Por la noche dijo en casa de Petion que la familia real no había adoptado aquel partido sin dejar preparada en París una matanza de patriotas parecida á la célebre de la noche de *San Bartolomé*, y que él contaba ser asesinado antes de veinticuatro horas. Petion, Buzot y Roland opinaban, por el contrario, que la fuga del rey equivalía á una abdicación, y que era preciso aprovecharse de ella para preparar los espíritus á la república. Robespierre, sonriéndose y royéndose las uñas como tenía de costumbre, preguntaba qué era república.»

Aquel día fué cuando Brissot, Condorcet, Dumont de Geneve y Duchatelet convinieron en escribir el periódico titulado *El Republicano*. En esto se ve que la idea de la república nació en la cuna de los girondinos antes que en el alma de Robespierre, y que el 10 de Agosto no fué un accidente, sino un complot.

En esta misma época, madama Roland, por salvar la vida de Robespierre, se había entregado sin reserva á uno de esos primeros movimientos que revelan una amistad á toda prueba, y que dejan huellas hasta en la memoria de los más ingratos. Después de la jornada del Campo de Marte, acusado Robespierre de haber conspirado en unión de los redactores de la célebre petición de caducidad, y viéndose amenazado como faccioso por la guardia nacional, tuvo que ocultarse. Madama Roland, acompañada de su marido, fué á buscarle á las once de la noche al sitio en que se había ocultado, para ofrecerle un asilo más seguro en su propia casa. Robespierre no estaba ya en aquel sitio, y madama Roland se fué desde allí á casa de Buzot, su común amigo, y le instó vivamente á que fuese á los Fuldenses, en

donde entonces ejercía bastante influencia, á disculpar á Robespierre antes de que se lanzase contra él el decreto de acusación.

Buzot titubeó un momento, pero al cabo se decidió. «Haré—dijo—todo cuanto esté de mi parte por salvar á ese desgraciado joven, aunque estoy muy lejos de opinar como ciertas personas con respecto á él. Piensa demasiado en sí para amar la libertad; pero la sirve, y esto me basta. Iré allí á defenderle.» De esta suerte, tres víctimas futuras de Robespierre conspiraban aquella noche, y sin que él lo supiese, por la salvación del mismo hombre que, andando el tiempo, había de conducir las al cadalso.



Combate en una iglesia de Caen.  
Pág. 267.

El destino es un misterio de donde surgen las más extrañas coincidencias, y que no arma menos lazos á los hombres por sus virtudes que por sus crímenes. La muerte está en todas partes; pero sea cual fuere la suerte del hombre, sólo la virtud es la que no tiene remordimiento jamás, ni se arrepiente de haber obrado según prescribe el deber.

En los calabozos de la Conserjería, madama Roland recordó con placer aquella noche. Si Robespierre se acordó también de ella cuando llegó al poder, este recuerdo debió ser más helado en su corazón que el hacha del verdugo.